

Lección 11: Viviendo en la Tierra

Por Lori Atkins

Sábado

Texto de Memoria:

«La respuesta amable calma el enojo, pero la palabra áspera aviva la ira»
(Proverbios 15:1, NVI).

¿Alguien tuvo la oportunidad de poner esto en práctica en la mesa de la cena de Acción de Gracias con familiares y amigos?

¿Alguna creencia, opinión, política o doctrina diferente? ¿Solo paz y tranquilidad?

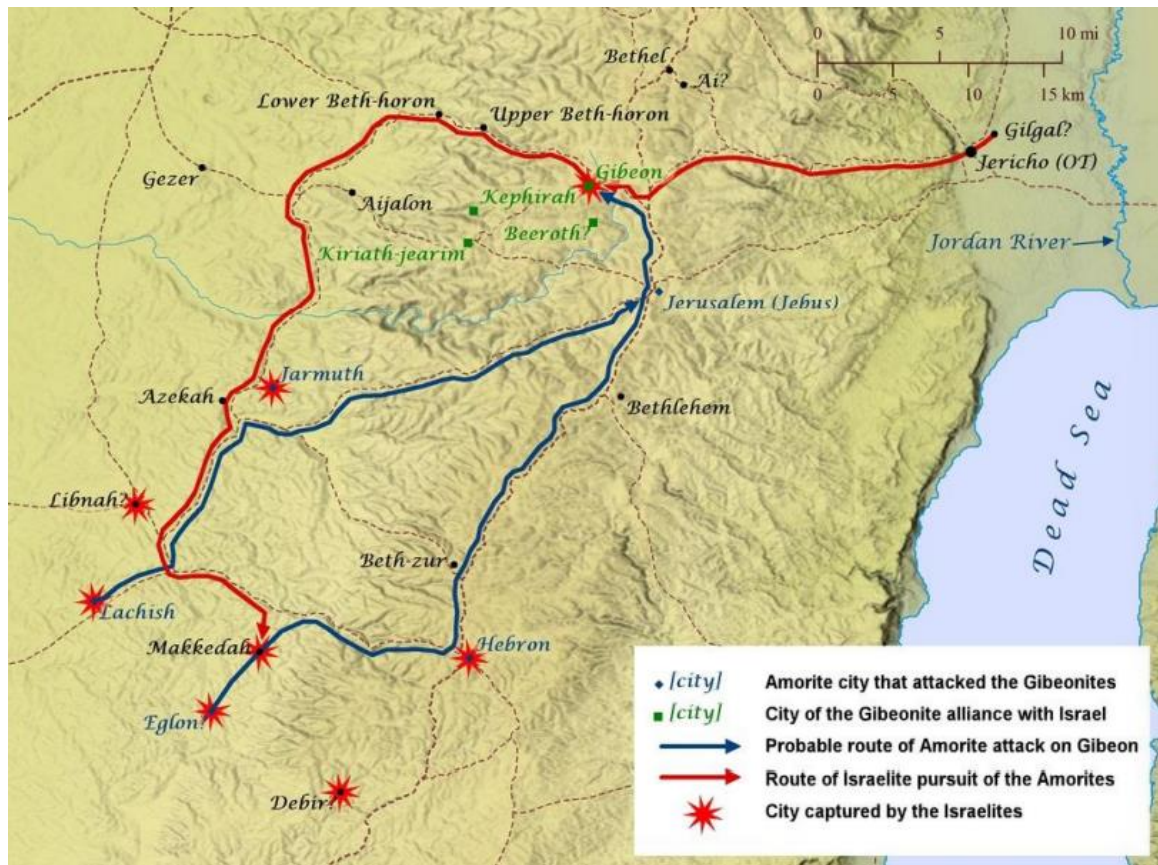
Hablaremos más sobre cómo los israelitas (y nosotros) podemos evitar la ira/el conflicto, pero primero necesitamos estudiar qué causó las diferencias y los posibles conflictos entre las tribus en Josué 22.

Para mí, el folleto trimestral explicó los eventos de manera aceptable, pero obtuve mucha más información de trasfondo y detalles del Capítulo 47, *La División de Canaán*, en el libro *Patriarcas y Profetas*.

Para darles un poco de contexto, los israelitas habían cruzado el Jordán hacia Canaán y, debido a que habían rechazado la oferta de Dios de avispa y pestilencia, estaban ocupados luchando y conquistando las naciones paganas cananeas. Habían experimentado una victoria militar en Bet-horón, seguida de cerca por la conquista del sur de Canaán. Josué 10 recorre toda la lista de naciones y batallas, y concluye diciendo:

«De esta manera Josué conquistó toda la región, incluyendo las montañas, el Négev, la Sefelá y las laderas, junto con todos sus reyes. No dejó sobrevivientes. Destruyó completamente a todo ser vivo, tal como el Señor, el Dios de Israel, había mandado. Josué los sometió desde Cades-barnea hasta Gaza y desde toda

la región de Gosén hasta Gabaón. Todos estos reyes y sus tierras Josué los conquistó en una sola campaña, porque el Señor, el Dios de Israel, peleó por Israel. Luego Josué regresó con todo Israel al campamento en Gilgal» (Josué 10, NVI).



Las tribus del norte de Palestina, aterradas por el éxito que habían tenido los ejércitos de Israel, ahora entraron en una liga contra ellos. A la cabeza de esta confederación estaba Jabín, rey de Hazor, un territorio al oeste del lago Merom. *«Salieron con todas sus tropas y un gran número de caballos y carros, un ejército enorme, tan numeroso como la arena a la orilla del mar. Todos estos reyes unieron fuerzas y acamparon juntos en las Aguas de Merom para luchar contra Israel»* (Patriarcas y Profetas, pág. 510).



Este ejército era mucho más grande que cualquiera que los israelitas hubieran encontrado antes en Canaán, y nuevamente se le dio un mensaje de aliento a Josué:

«No temas de ellos, porque para esta misma hora de mañana los entregaré a todos muertos a Israel» (Patriarcas y Profetas, pág. 510).

Cerca del lago Merom, cayó sobre el campamento de los aliados (los sorprendió) y derrotó completamente a sus fuerzas.

«El Señor los entregó en mano de Israel, que los hirió y los persiguió... hasta que no les dejó ninguno». Los carros y los caballos que habían sido el orgullo y la jactancia de los cananeos no debían ser apropiados por Israel. Por orden de Dios, los carros fueron quemados y los caballos lisiados, quedando así inútiles para la batalla. Los israelitas no debían poner su confianza en carros o caballos, sino *«en el nombre del Señor su Dios»* (Patriarcas y Profetas, pág. 510).

Una por una, las ciudades fueron tomadas, y Hazor, la fortaleza de la confederación, fue quemada. La guerra continuó durante varios años, pero su

final encontró a Josué dueño de Canaán. «Y la tierra tuvo reposo de la guerra» (*Patriarcas y Profetas*, pág. 510).

Aunque el poder de los cananeos había sido quebrantado, no habían sido completamente desposeídos. Al oeste, los filisteos aún poseían una fértil llanura a lo largo de la costa, mientras que al norte de ellos estaba el territorio de los sidonios. Líbano también estaba en posesión de este último pueblo; y al sur, hacia Egipto, la tierra todavía estaba ocupada por los enemigos de Israel.

Josué, sin embargo, no debía continuar la guerra. Había otra obra que el gran líder debía realizar antes de que entregara el mando de Israel. Toda la tierra, tanto las partes ya conquistadas como las que aún no estaban subyugadas, debía ser repartida entre las tribus. Y era deber de cada tribu subyugar completamente su propia heredad. Si el pueblo demostraba ser fiel a Dios, Él expulsaría a sus enemigos de delante de ellos; y prometió darles posesiones aún mayores si tan solo fueran fieles a su pacto (*Patriarcas y Profetas*, pág. 511).

Estoy seguro de que todos hemos leído estos capítulos de la Biblia muchas veces en nuestras vidas, pero ¿se dieron cuenta de que esta tarea de dividir la tierra prometida entre las tribus israelitas era una obra tan importante, su última gran obra antes de entregar las cosas a Caleb?

¿Y qué hay del deber de cada tribu de someter completamente su propia heredad/territorio/comunidad? ¿Les suena familiar este mandamiento... a qué otras personas del Antiguo Testamento se les dio la orden de someter?

De Génesis 1:26-28: «Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.» (Génesis 1:26-28, RVR1960).

¿Qué necesitaba ser subyugado?

¿Acaso la Tierra no fue creada perfecta?

Las interpretaciones tradicionales de la palabra hebrea para «sojuzgar» indican que era un verbo fuerte y enérgico. No es un «cuidar» o «atender» suave; implica poner algo resistente o caótico bajo control... los humanos, como portadores de la imagen de Dios, deben llevar la creación potencialmente salvaje y caótica a un gobierno ordenado, reflejando el propio ordenamiento de Dios del caos en Génesis 1... Tim lo parafraseó como «llenar la tierra y desarrollar todo su potencial».

¿Por qué creen que ese mandamiento fue dado tanto a Adán y Eva como a las tribus israelitas? ¿Por qué era tan importante que acataran el mandamiento de sojuzgar y participaran en el proceso para lograrlo?

Sentido de propiedad, *skin in the game* (literalmente, *implicación activa*), estaban invertidos en el bienestar y el éxito (salvación) de esas nuevas comunidades.

¿Cuánto más valoran, respetan y aprecian algo por lo que han luchado valientemente, quizás han perdido familiares/seres queridos en la lucha, lo han arriesgado todo, en comparación con algo que simplemente se les da y se les deja en el regazo?

Piensen en esas definiciones y consideren el uso de la palabra *sojuzgar* en estas citas:

La luz que brilla desde la cruz revela el amor de Dios. Su amor nos atrae a Él. Si no resistimos esta atracción, seremos llevados al pie de la cruz en arrepentimiento por los pecados que han crucificado al Salvador. Entonces el Espíritu de Dios, por la fe, produce una nueva vida en el alma. Los pensamientos y deseos son sometidos a la obediencia de la voluntad de Cristo. El corazón, la mente, son creados de nuevo a la imagen de Aquel que obra en nosotros para *sojuzgar todas las cosas a Sí mismo*. [«Porque a Dios le agradó que en él residiera toda la plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en el cielo» (Colosenses 1:19-

20)] Entonces la ley de Dios es escrita en la mente y el corazón, y podemos decir con Cristo: «El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado,

Y tu ley está en medio de mi corazón.» (Salmos 40:8, RVR1960) (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 175).

«Cuando los hombres están unidos, no por la fuerza o el interés propio, sino por el amor, muestran el trabajo de una influencia que está por encima de toda influencia humana. Donde existe esta unidad, es evidencia de que la imagen de Dios está siendo restaurada en la humanidad, de que se ha implantado un nuevo principio de vida. Muestra que hay poder en la naturaleza divina para resistir las agencias sobrenaturales del mal, y que la gracia de Dios sojuzga el egoísmo inherente al corazón natural» (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 678).

«El Consolador es llamado 'el Espíritu de verdad'. Su obra es definir y mantener la verdad. Primero mora en el corazón como el Espíritu de verdad, y así se convierte en el Consolador. Hay consuelo y paz en la verdad, pero ninguna paz o consuelo real puede encontrarse en la falsedad. Es a través de falsas teorías y tradiciones que Satanás gana poder sobre la mente. Al dirigir a los hombres a estándares falsos, deforma el carácter. [¿Vemos que esto sucede en la sociedad actual? ¿Ven que se proclaman y aceptan estándares falsos y ven que las personas se vuelven más semejantes a Cristo o más degradadas, abusivas, sin amor, violentas, temerosas, egoístas y controladoras?] A través de las Escrituras, el Espíritu Santo habla a la mente e imprime la verdad en el corazón. Así, expone el error y lo expulsa del alma. Es por el Espíritu de verdad, obrando a través de la palabra de Dios, que Cristo sojuzga a su pueblo escogido para sí» (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 671).

Después de que Josué y Caleb hicieron peticiones/reclamaciones especiales de tierra, a los levitas se les dio una ubicación específica debido al santuario, y la ubicación restante de cada tribu se determinó por sorteo. La tribu de Efraín y la media tribu de Manasés (los hijos de José) exigieron una doble porción debido a su superior número de población, pero Josué (que era uno de ellos) se negó e

insistió en que «*subieran al país boscoso y se talaran allí en la tierra de los ferezeos y de los gigantes si el monte Efraín les es demasiado estrecho*» (*Patriarcas y Profetas*, pág. 513).

Así que ahora volvemos a lo que sucedió para causar el gran malentendido y conflicto entre las tribus divididas.

Dos de las tribus de Israel, Gad y Rubén, con la mitad de la tribu de Manasés, habían recibido su heredad antes de cruzar el Jordán... pero se habían comprometido a proporcionar su proporción de hombres armados para acompañar a sus hermanos a través del Jordán y compartir sus batallas hasta que ellos también entraran en su heredad. La obligación se había cumplido fielmente... Durante años habían luchado valientemente al lado de sus hermanos. Ahora había llegado el momento de que regresaran a la tierra de su posesión. Así como se habían unido a sus hermanos en los conflictos, también habían compartido el botín; y regresaron «*con muchas riquezas... y con muchísimos ganados, con plata, y con oro, y con bronce, y con hierro, y con muchísimas vestiduras*», todo lo cual debían compartir con los que se habían quedado con las familias y los rebaños (*Patriarcas y Profetas*, pág. 517).

Ahora debían habitar a distancia del santuario del Señor, y con un corazón ansioso Josué fue testigo de su partida, sabiendo cuán fuertes serían las tentaciones, en su vida aislada y errante, de caer en las costumbres de las tribus paganas que habitaban en sus fronteras (*Patriarcas y Profetas*, pág. 518).

¿Quién aquí ha experimentado este escenario en el que el lugar donde viven o trabajan físicamente los aísla y limita su oportunidad de interactuar con creyentes/familiares/amigos afines, y los pone más en riesgo de caer en las costumbres de quienes los rodean?

¿Qué pasos tomaron o implementaron para aumentar sus posibilidades de éxito?

Mientras las mentes de Josué y otros líderes aún estaban oprimidas por ansiosos presentimientos, les llegaron noticias extrañas. Junto al Jordán, cerca del lugar del paso milagroso de Israel por el río, las dos tribus y media habían

erigido un gran altar, similar al altar del holocausto en Silo. La ley de Dios prohibía, bajo pena de muerte, el establecimiento de otro culto que no fuera el del santuario. Si tal era el objetivo de este altar, este, de permitírsele permanecer, alejaría al pueblo de la verdadera fe. Los representantes del pueblo se reunieron en Silo, y en el calor de su excitación e indignación propusieron hacer la guerra de inmediato a los ofensores. (Piensen en la sección de comentarios de las redes sociales). Sin embargo, por influencia de los más cautelosos, se decidió enviar primero una delegación para obtener de las dos tribus y media una explicación de su conducta. Diez príncipes, uno de cada tribu, fueron elegidos (*Patriarcas y Profetas*, pág. 518).

Las dos tribus y media habían cometido una falta al iniciar, sin explicación, un acto abierto a tan graves sospechas. Los embajadores, dando por sentado que sus hermanos eran culpables, los recibieron con una fuerte reprimenda. Los acusaron de rebelarse contra el Señor y les recordaron cómo los juicios habían sido visitados sobre Israel por unirse a Baal-peor. En nombre de todo Israel, Fineas declaró a los hijos de Gad y Rubén que si no estaban dispuestos a permanecer en esa tierra sin un altar para el sacrificio, serían bienvenidos a una parte de las posesiones y privilegios de sus hermanos al otro lado. En respuesta, los acusados explicaron que su altar no estaba destinado a sacrificios, sino simplemente como un testimonio de que, aunque separados por el río, eran de la misma fe que sus hermanos en Canaán. Habían temido que en años futuros sus hijos pudieran ser excluidos del tabernáculo, al no tener parte en Israel. Entonces este altar, erigido según el patrón del altar del Señor en Silo, sería un testigo de que sus constructores también eran adoradores del Dios vivo. Con gran alegría, los embajadores aceptaron esta explicación e inmediatamente llevaron las noticias a quienes los habían enviado. Todos los pensamientos de guerra fueron descartados, y el pueblo se unió en regocijo y alabanza a Dios (*Patriarcas y Profetas*, pág. 519).

También inscribieron el altar con su propósito, esperando evitar futuras *malinterpretaciones* y eliminar lo que podría ser una causa de tentación.

Cuán a menudo surgen dificultades graves de un simple malentendido, incluso entre aquellos que son movidos por los motivos más dignos; y sin el ejercicio de la cortesía y la paciencia, qué resultados graves e incluso fatales pueden seguir... En lugar de hacer una pregunta cortés para conocer los hechos del caso, habían recibido a sus hermanos con censura y condena. (De nuevo, piensen en las secciones de comentarios de las redes sociales). Si bien son muy sensibles a la *más mínima* culpa con respecto a su propio proceder, muchos son demasiado severos al tratar con aquellos a quienes suponen errados. Nadie fue jamás rescatado de una posición equivocada por la censura y el reproche; pero muchos son así alejados aún más del camino correcto y llevados a endurecer sus corazones contra la convicción. Un espíritu de amabilidad, un comportamiento cortés y tolerante puede salvar al errante y *cubrir multitud de pecados* (*Patriarcas y Profetas*, pág. 519).

Escuchen esta siguiente parte y piensen si pueden identificarse como miembros de esta clase:

La sabiduría mostrada por los rubenitas y sus compañeros es digna de imitación. Aunque buscaban honestamente promover la causa de la verdadera religión, fueron mal juzgados y severamente censurados; sin embargo, no manifestaron resentimiento. Escucharon con cortesía y paciencia las acusaciones antes de intentar hacer su defensa, y luego explicaron completamente sus motivos y mostraron su inocencia... Incluso bajo falsas acusaciones, aquellos que tienen razón pueden permitirse ser tranquilos y considerados. Dios conoce todo lo que los hombres malinterpretan, y podemos dejar nuestro caso con seguridad en sus manos. Él vindicará la causa de aquellos que confían en Él tan ciertamente como buscó la culpa de Acán. Aquellos que son movidos por el espíritu de Cristo poseerán esa caridad que *sufre mucho y es benigna*. Es la voluntad de Dios que la unión y el amor fraternal existan entre su pueblo. La oración de Cristo justo antes de su crucifixión fue que sus discípulos pudieran ser uno como Él es uno con el Padre, para que el mundo creyera que Dios lo había enviado. Esta oración tan conmovedora y maravillosa llega a través de los siglos, incluso hasta nuestros días; porque sus palabras fueron: «*No ruego solamente por estos, sino también*

por los que han de creer en mí por la palabra de ellos». Si bien no debemos sacrificar un solo principio de verdad, nuestro objetivo constante debe ser alcanzar este estado de unidad. Esta es la evidencia de nuestro discipulado: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros» (Patriarcas y Profetas, pág. 520).

Y eso nos devuelve a la cena de Acción de Gracias alrededor de la mesa con creencias, opiniones, políticas, doctrinas diferentes... y a nuestro texto de memoria: «La respuesta amable calma el enojo, pero la palabra áspera aviva la ira».

El último podcast de Oprah se titula «*Cuando las familias cortan lazos – Explorando la creciente tendencia de no tener contacto con tu familia*»... lleva tres días publicado, tiene ~2.5 millones de reproducciones en YouTube, y estima que un tercio de los estadounidenses ha cortado lazos o está distanciado de su familia.

¡Qué estadística tan increíblemente triste! ¿Qué opinan sobre esta tendencia y qué la está causando?

No me malinterpreten, lo he experimentado y lo he iniciado, así que sé que hay momentos y situaciones en los que esos límites son totalmente apropiados y saludables... pero también sé que nos hemos vuelto mucho menos tolerantes y más combativos, y como de costumbre, supongo que esas estadísticas sobre los cristianos son similares a las de los no cristianos... y sé que cuando no hay contacto, ni conversación, ni diálogo, tampoco hay reconciliación.

La lección del jueves enumera algunos principios útiles para la comunicación, la resolución de desacuerdos y la resolución de conflictos:

Es mejor comunicarse que suprimir nuestras observaciones/preocupaciones hasta que exploten.

Dirigirse con curiosidad (en lugar de intentar ganar un debate) – buscar comprender antes de ser comprendido.

Estar de acuerdo antes de discrepar – «Tienes razón» son palabras poderosas para desescalar.

Estar dispuesto a hacer un sacrificio para lograr la unidad.

Cuando sea acusado, falsa o justamente, dé una respuesta amable que aparte la ira.

Regocíjese y bendiga a Dios cuando la paz sea restablecida.